

## LA LEYENDA DE CHEVAGNES

### ISOLA

#### XXV

Eran las diez de la mañana.

La primavera del año de 1869 tocaba á su fin.

El *Todo Paris* de los últimos días del Imperio no pensaba más que en divertirse en todas las fiestas de la aristocracia, de la nobleza del dinero y de los Ministerios.

Se bailaba sobre un volcán. Jamás la frase pudo estar mejor aplicada que en esta ocasión.

En un vasto salón del primer piso de la casa número 47 de la calle de la Paz, una decena de jóvenes agrupadas alrededor de espaciosa mesa colocada en el centro, se ocupaban en adornar á toda prisa multitud de sombreros y vestidos.

La mayor parte de aquellas jóvenes eran bonitas y elegantes, lo que no podemos asegurar es que fueran virtuosas todas...

El establecimiento de *Felisa* era uno de los más acreditados de París, según hemos dicho ya.

Pero bueno es refrescar la memoria del lector repitiéndole también que Felisa era mujer de muy poca ó ninguna conciencia.

Conocía mucho la parte más miserable del mundo, y á todos los seres los media por el mismo rasero; esto, sin duda, era causa de que despreciara á la humanidad, y hasta se despreciara á sí misma.

Á las diez y cuarto de la mañana entreabrió la puerta que daba al taller y preguntó:

—¿Ha venido la señorita Fargéas?

Una mujer que tendría 30 años, pálida y delgada, que se hallaba separada de las demás y sentada frente á una mesita, contestó:

—No, señora.

—Bueno. Pues en cuanto llegue, decidle que pase aquí.

La puerta del gabinete de Felisa volvió á cerrarse.

Una robusta muchacha, morena como una criolla, muy esbelta, de ojos vivos y cabello rizado, algo ajada ya por las noches de baile y las continuadas cenas, dijo á su vecina, mientras colocaba un ramo de violetas en una capota de tul negro:

—¡Qué suerte tienen algunas! La señora distingue mucho á esa Solange.

—¿Y tú, qué tal suerte tienes?

—Muy mala.

—Si no haceis más que hablar—dijo otra—no acabareis nunca ese sombrero. La princesa vá á venir, y como no lo vea listo, se pondrá furiosa.

—¡La princesa Wanda!—exclamó una rubia en tono burlón.

—¡Otra que tiene suerte!

—¿La de ser viuda?

—Con un marido como el que ella tuvo, no hay fortuna que valga. Comprendo que diera la preferencia al conde Oliverio.

—Si ella viene, poco tardará él en llegar. ¡Pobre marquesa! ¡Siempre tan triste! Cuando la veo me dan ganas de decirle: «No llores tanto por vuestro marido, que no lo merece.»

—Ya está ahí el individuo. Conozco su elegante berlina.

Era, en efecto, el marqués de Tannay quien se apeó del carruaje.

Dos años, poco más ó menos, habían pasado después de lo sucedido en Gué-aux-Biches, y Oliverio parecía otro hombre.

Su aspecto era duro y antipático.

## XXVI

Felisa se hallaba en la misma habitación donde recibió á Solange la noche de su llegada.

—¿Habeis visto á la princesa?—preguntó el marqués.

—Todavía no. La espero de un momento á otro.

Y añadió con burlona intención:

—¿Y es por ella por quien venis?

Y sin darle tiempo de contestar, siguió diciendo:

—Qué suerte teneis. La polaca os adora como mujer alguna, que yo sepa, ha podido adorar á un hombre.

El marqués hizo un movimiento de desdén. Ella no quiso verlo y continuó:

—Sobre todo desde que ha enviudado, ventaja que no esperaba tan pronto... Podeis vanagloriaros de haber inspirado una pasión heroica, decidida á todo; y la verdad es que no se toma el trabajo de ocultarlo. Las polacas son las italianas del Norte. El que tal dijo presentía á nuestra amiga. ¡Toda fuego, toda llamas! Resulta comprometedora. ¡Y se habla mucho de vuestras relaciones! No podeis figuraros cuántos envidiosos teneis. Es de una belleza escandalosa, sorprendente, esa mujer.

—¡No hablemos más de ella, os lo ruego! Detesto sus exajeraciones y sus arranques.

—¡Oh! si os oyera, se moriría de pena.

—No deseo más que una cosa, ya lo sabeis: terminar esas relaciones.

—¡Qué hombres estos! ¡Después de haberla abrumado á fuerza de ruegos y juramentos!...

—¡Un capricho!

—¿Que pertenece al pasado?

—Efectivamente. No quedan ni restos.

—Puedo aseguraros que ella no dice ni siente otro tanto. Está más enamorada que nunca.

—¿Y Solange?—preguntó Oliverio.

—Esperaba esa pregunta.

—¿Qué es de ella?

—Cada día más preciosa.

—¿Está aquí?

—No; pero como á la princesa, la estoy esperando tambien de un momento á otro. Confesad que su recuerdo se ha arraigado en vuestro corazón, y que este capricho, al revés del otro, sube y crece como la marea.

—No trato de negarlo.

—¿Quereis un consejo, por más que no habeis de seguirlo?

—Venga.

—Yo, en lugar vuestro, no me ocuparía más de esa muchacha y buscaría otras distracciones...

—¿Me odia?

—Mucho lo temo. Aunque no habla lo divino. El amor tiene mil rarezas. La princesa Wanda os ama con rabia. Vos no podeis soportarla. Solange, según parece, es quien reina en vuestro corazón. Y Solange no os puede ver...

—No os oculto nada. Amo apasionadamente á esa joven.

—Me dejais atónita, marqués. ¡Vos, que tanto habeis gozado de todo!

—Absorto estoy yo tambien. Desde el día en que la hice traer á Paris para sustraerla al enojo de su padre...

—Y para aseguraros su posesión, sobre todo... ¡Sed franco!

—Pues bien; desde ese dia no pienso más que en ella. ¡He tratado de olvidarla y no puedo! El sentimiento que me inspira me domina por completo. Somos antiguos amigos, Felisa; puedo confesároslo todo. La marquesa,

ya lo sabeis, no ha sido nunca ni siquiera una distracción para mí. No congeniamos. Es una mujer que no ha conseguido triunfar de mi habitual indiferencia. En busca de sueños, y para olvidar otra imágen que no podía apartar de mí, me dediqué á la princesa, como los orientales se entregan al *haschisch*, ansiosos de embriaguez. ¡Todo inútil! ¡No consigo olvidar á esa Solange, que ha hecho de este escéptico un esclavo! En fin, hace seis meses, atraído, á pesar mío, por su recuerdo, quise volverla á ver. Cuando me encontré frente á ella, experimenté una verdadera revelación. Ví una mujer como no hay otra. La hallé más hermosa, más interesante que nunca. Además, habeis hecho de ella un modelo de gracia y elegancia.

—No merezco esos elogios. Esa trasformación se la debe á sí misma. Sus encantos son innatos. No sois el único en saberlos admirar. No dá un paso por la calle sin que se detengan á contemplarla, lo mismo hombres que mujeres. Habeis tenido buena mano. Sacásteis una perla de la oscuridad, pero esa quiere y no cede; dudo, pues, que triunfeis.

—Vos teneis mucha influencia sobre ella...

—¿Creeis que no he tratado de emplearla? Más de cien veces he procurado convencerla de que no debe renunciar á seros agradable... Lo he intentado de mil maneras; recordándole cuanto habeis hecho por ella, etcétera, etcétera; y le he dicho además, que si le retirais vuestro apoyo, se verá obligada á pri-

vase de todo para mantener á su hijo, y que podrá llegar á verse en una situación desesperada! ¡Inútiles esfuerzos! ¡Inútil todo! Tan dulce de ordinario, se vuelve intratable en cuanto se habla de eso.

—¿Qué contesta?

—Que procurará ganarse la vida; que no le falta valor para ello; que tiene pocas necesidades, y, sobre todo, que Dios no la abandonará. Habilidosa, activa, económica, ha aprendido en diez y ocho meses lo que las otras no aprenden en diez años.

—¿No me decís dónde está?

—En Corneilles.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ver á su hijo. No va mas que los domingos; pero esta mañana recibió un telegrama de la nodriza; esto le alarmó y tomó el tren en seguida.

—¿Luego quiere mucho á su hijo?

—Nunca lo nombra. Esa muchacha es un enigma. Creedme, lo prudente es renunciar á ella.

—No me pidais tanto. No sé si es amor ú orgullo lo que habla en mí. Sus altiveces y sus desdenes me exasperan. No me arrebatará ningún sacrificio con tal de volver á poseerla. ¿No es mía por derecho de conquista?

—¡Dios mío, cuánta vehemencia!

—¿Me sois adicta, Felisa?

—No lo dudeis.

—Hablemos formalmente.

—No deseo otra cosa.

—¿Cuánto necesitáis para retiraros del comercio?

—Un millón. Ya veis que soy modesta.

—¿Cuánto os falta todavía para reunir esa cantidad?

—Cerca de doscientos mil francos.

—¿Teneis fe en mi palabra?

—Prefiriría la firma. La memoria suele ser frágil...

—Dadme un papel.

—Aquí teneis todo lo necesario—dijo ella acercándole un velador.—¿Qué vais á hacer?

—Esperad.

—Oliverio trazó unas líneas, y luego se las dió á la modista.

Esta leyó:

«El día que obtenga el consentimiento que deseo, os entregaré la suma de doscientos mil francos.

»*Paris, 11 de junio, de 1869.*

»OLIVERIO DE TAUNAY.»

—¿Está bien?—preguntó.

—Perfectamente. Sin embargo, quisiera pedir os una ligera modificación.

—¿Cuál?

—Á la palabra «obtenga», añadid: «sea como sea.»

El marqués la miró, y dijo:

—¿Por qué?

—Porque en el estado en que estais, no se

sabe á dónde podrá llevaros esa loca pasión. Además, esto no os liga en lo más mínimo. De sobra comprendereis que no he de ir á reclamaros ante los tribunales el cumplimiento de esta especie de contrato. Es solo cuestión de honor, entre nosotros.

—¿Quereis decirme que me casaré algun día con Solange?—preguntó Oliverio sonriendo.

—¿Porque no?—repuso ella con osadía. El meneó la cabeza, volvió á coger la pluma y añadió la cláusula deseada.

Felisa guardó el papel en un cajón.

—¿Al menos os acordareis de mí?—repuso él.

—Va en ello mi propio interés; pero no garantizo nada; ayudáos vos mismo; el diablo os ayudará, probablemente.

E inter-umpiendo de súbito la conversación, dijo:

—La Princesa está ahí.

En efecto, la Princesa, guiada por una de las oficiales, que se retiró en seguida, entró en aquel momento.

La princesa Cavalli estaba realmente hermosa en aquella época.

Rubia, más bien roja, el color del pelo era unade las muchas perfecciones de su belleza. Blanco y fino el cutis, resaltaba más aún su blancura con su traje de luto.

Saludó amistosamente á la modista, con cierto aire protector, y sonrió al marqués.

Después de unas cuantas palabras indiferentes, Felisa, alegando un pretexto, dejó solos á los dos amantes.

La Princesa no perdió el tiempo en rodeos.

—Celebro mucho hallaros aquí—dijo.

—¿No me avisásteis que vendríais?

—Sin duda; pero me parece que huís de mi....

—¿Qué idea!

—La que debo tener.

—¿Comenzais una escena de celos?

—¡Una mujer no se equivoca jamás respecto á los sentimientos que inspira!... ¡Cómo habeis variado!... ¡Ingrato!

—Continuad.

—Ya no me amais.

—Eso es difícil—dijo él friamente.—No hay más sino que temo vuestras violencias. En Italia conseguisteis que la marquesa sospechara, y en París haceis todo lo posible para que se convenza de todo. Tenemos que cubrir las apariencias, que respetar ciertas cosas... ¡No comprenderéis nunca esto!... Elena—no tengo más remedio que reconocerlo y confesarlo—es un ángel de dulzura y resignación, pero acabaréis por exasperarla y que haya escándalo.

—¿Os ocupábais tanto de mi tranquilidad, cuando al principio de nuestras relaciones érais libre y yo no?... ¡Entonces no teníais esos escrúpulos!

—Os juro....

—No jureis, y escuchadme... Presiento que os pierdo, y observo que os habeis vuelto muy indiferente. Por vos, Oliverio, lo he arrastrado todo: me he unido á vos y nada me detuvo. ¡A cuantos hombres he visto á mis

pies, á todos los rechacé, y fué á vos á quien elegí entre tantos adoradores! Me perteneceís... Quiero conservaros. Sois dueño de abandonarme... No creais que me humillaré, procurando encadenaros, á pesar vuestro... Pero no conteis tampoco con tener en mí una amiga desinteresada. Nosotros no tenemos ni los prejuicios ni los convencionalismos de vuestra raza... Todos los medios me parecerán buenos para devolveros la injuria con que hayais herido mi corazón. ¿Me habeis oído?... ¿Me entendéis? —díjole, acercándose á la cabeza de él y poniendo en ella los labios.

El marqués, que había permanecido impasible durante esa explosión de cólera y de celos, dulcificó de pronto la mirada, contempló compasivamente á la polaca, de cuyas manos delicadas y perfectas se apoderó y le dijo:

—¡Cómo te exaltas! ¿A qué vienen esas amenazas?

—¡Porque temo perderte!

—¿Tanto me amas?

—Con locura. ¡No sabes ta qué extremo! Además, hay cosas que ignoras y que debo hacerte saber.

—¿De qué se trata?

—Aquí no puedo decírtelas. Podrían oírnos. Esta noche en casa, á las diez. Vé, lo quiero.

—Iré.

Los ojos de la princesa, llenos de fuego, se fijaron en los de Oliverio.

Debia, indudablemente, amar con locura al marqués.

—¡Corazones ardientes!—dijo él sonriendo—¿cómo podeis nacer entre las nieves del Norte?

Felisa entró en aquel momento.

La conversación tomó otro giro, y momentos despues, la princesa, acompañada de la modista, se disponía á salir, atravesando el gran salon, cuando una joven que llegaba entónces de la calle, se presentó de improviso.

Esta iba vestida con encantadora sencillez; llevaba traje de cachemir marron, adornado con terciopelo del mismo color.

Era Solange.

Como la princesa la examinara con marcada impertinencia, hizo ademán de retirarse.

Pero Felisa la detuvo haciéndole una seña, mientras que la polaca preguntaba á media voz á la modista:

—¿Quién es?

—Una oficiala. ¿Qué os parece?

—Admirable. ¿Es parisiense?

—No, es Nivernesa.

—¡Cuna del marqués!—dijo la polaca.

Felisa se mordió los labios.

Con las mujeres celosas basta una sola palabra para despertar en ellas toda clase de sospechas.

—No sé bien si de Berry ó de Nievre. Francia es tan inmensa... dudo que se conozcan. Solange, hace dos años, no era sino una sencilla lugareña.

—¿Se llama Solange?

—Es un nombre muy común en las provincias del centro.

—Es bonito; pero no tanto como quien lo lleva... No la quisiera por rival.

—¡Oh! princesa...

—La verdad.

Felisa saludó, y pasó al taller, engañada, á pesar de su perspicacia, por la indiferencia de la polaca.

En cuanto ésta se instaló en el carruaje, sacó del bolsillo un tarjetero y escribió en la hoja de marfil! «Solange; cerca de veinte años; modista en casa de Felisa, *nivernesa*. Cabello oscuro, tez mate; los ojos grandes, azules, casi negros.

Cuando Solange se vió sola, quitóse el sombrero, se arregló el peinado y levantó luego la cortina del gabinete donde estaba aun el señor de Taunay; pero al verle dejó caer el tapiz é intentó retirarse. Mas el marqués la dijo:

—No os vayais, Solange.

Ella se detuvo y esperó.

La predicción de Servais se realizaba.

La señorita Fargeas era una perfecta belleza.

Su mirada era más viva é inteligente; sus elegancia exquisita.

Oliverio la contemplaba en silencio. Cuanto más se fijaba en ella más sentía la influencia de aquellos hechizos.

La altiva y desdeñosa actitud de su víctima le producía mucho efecto y picaba su orgullo. Y como él no hablara, preguntó ella:

—¿Qué queréis?

—Solange—contestó Oliverio aparentando calma,—es preciso que yo os vea y os hable una vez formalmente.

—¿Qué tenemos que decirnos?

—Muchas cosas.

—Qué vais á referirme que yo no sepa?

—Aquí no puedo explicároslo. Concededme una entrevista donde gustéis. En esta sala pueden entrar é interrumpirnos. Es preciso que nuestra situación se aclare. Comprendo que vuestros resentimientos no se han extinguido, que recordais siempre lo que por mi causa habeis perdido y no me perdonáis el que os sacara de aquel desierto donde vejetábais.

Al oír esto, Solange sintió honda pena.

En aquel desierto, precisamente, era donde hubiese querido vivir siempre.

—Al asunto,—dijo ella con viveza.

—Concededme esa entrevista; es indispensable. Me oiréis y decidireis. Dadme una hora.

—¡Sea!—contestó Solange.—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿En qué sitio?

—Donde os plazca.

—Si no os repugna la pobreza de mi habitación, id á mi casa. Soy libre; nadie se ocupa de lo que hago; y la más triste experiencia me ha enseñado á saber defenderme. Hasta mañana, á la salida del taller.

—Gracias.

Solange se fué sin decir una palabra más.

## XXVII

El hotel Taunay-Coulanges fué edificado á fines del último siglo, durante el reinado de Luis XVI, y conserva todo el carácter de aquella época.

Aquel día, á eso de las dos de la tarde, Elena de Rochevieuille, marquesa de Taunay, se hallaba sentada cerca de una ventana de uno de los salones del primer piso, que daba á los Campos Elíseos. Aquella, como todas las piezas de la casa, es una maravilla de arte y buen gusto.

La marquesa leía, por vigésima vez, una esquila que tenía en la mano, y que decía:

«Mi querida Elena:  
»Puesto que lo deseais, iré.  
»Vuestro respetuoso

»ROBERTO.»

Elena consultaba el reloj diez veces por minuto.

Aunque tan bella como siempre, estaba muy pálida; su semblante revelaba cierto cansancio moral, y físico también; le amémosle anemia de alma y de cuerpo.

Poco después, la doncella, ó más bien el ama de gobierno, nuestra antigua conocida Eugenia Larueta, levantó el portier y anunció á media voz:

—El señor conde de Souvray.

Roberto vestía con la elegante sencillez propia del hombre de buena sociedad que no quiere llamar la atención en ningún sentido.

—¡Al fin!—dijo la marquesa, riéndole dulcemente.—¡Sois vos, Roberto! ¡Me parece mentira! Casi ha sido necesaria una intimación para traerlos. ¿Es así como se trata á los amigos?

El no se disculpó.

Tomó una mano de Elena, la oprimió un instante entre las suyas y se sentó á su lado.

—En otro tiempo nos veíamos casi diariamente—continuó ella.—Ahora os vais elejando poco á poco, y es necesario que yo os obligue á venir.

El la contemplaba emocionado, sin poder hablar, conmovido ante los estragos que las penas habían causado en aquel pálido y delgado semblante.

Esta impresión no pasó inadvertida á la marquesa.

—¿Me encontrais muy cambiada, Roberto?—le preguntó.

—No...

—Confesadlo.

—Pues bien; se me figura que debeis sentir os mal de salud.

—Desde hace dos meses, que no aporta por aquí, la enfermedad que padezco ha tomado bastante incremento.

—¡Una enfermedad, Elena!...

—¡Sí! Se llama el fastidio, y si quereis darle otro nombre, llamadle hastío, indiferencia por la vida...



—¡Exagerais! Eso es imposible.

—¿Y por qué? Porque soy rica y habito en un palacio soberbio, y tengo todas las comodidades y todo el lujo apetecibles; porque me llamo la marquesa de Tainay-Coulanges, y las puertas de la buena sociedad se me abren de par en par, y puedo ostentar la corona en pañuelos, carruajes, etc., etc.? Si eso es felicidad no debo quejarme, ciertamente. Pero... ¡ay amigo mío! podré pareceros muy exigente; ¡pero os aseguro que nada de eso me basta!

—¿Y qué deseais entónces?—preguntó con ternura el conde.

—¡Y sois vos, quién me hace esa pregunta!

—¡Sí!

—Voy á deciroslo, ya que fingís ignorarlo, por delicadeza también esta vez, como aquella noche nefasta en que os consulté sin daros valor para contestarme francamente.

—Elena, no evoqueis esos recuerdos!

—Perdonad, amigo mío. Si siento esta amargura es porque pienso en vuestra felicidad ¡perdida como la mía! y tambien porque sufro en silencio desde hace bastante tiempo. Pero hay algo que no quiero ultrajar, y es el nombre que llevo, el nombre de mis padres.

—Pero entre nosotros—añadió con viveza—no deben mediar esos misterios. Y os confesaré que pago muy caro el honor de llevar el ilustre apellido que llevo. Se me figura que al confiar á vuestro corazón las tristezas del mío, he de sentirme más aliviada

ya y que hasta mi salud será otra. ¿La tranquilidad de espíritu, no es el mejor remedio?

—Hablad, pues.

—He reflexionado mucho desde que me casé. ¡Me ha sobrado tiempo para ello, os lo aseguro! Casi siempre estoy sola. Y yo necesito de una leal y sincera amistad para vivir; de un afecto que me sostenga, que dé calor á mi corazón, que me dé fuerzas para sobrellevar la vida que tan estúpidamente acepté, y ¡que estoy obligada á tomar tal cual es. Estoy sola en el mundo; no tengo un hijo á quien idolatrar, no tengo marido, no tengo á nadie. Sin embargo, debiera callarme, ¡y hablo! Pero me ahogaría si continuara en esta reserva. Oliverio no ha visto en mí sino la heredera de una considerable fortuna para anirla á la suya. ¡Maldita sea esa fortuna; á ella debo mi desgracia! Mi tutor me vendió; porque tuve la debilidad de creerle y tenerle cariño, y se aprovechó de esto para vanagloriarse de haber conseguido mi felicidad. No le guió más afán que la grandeza de su casa y la necesidad de aumentar su riqueza por medio de una alianza, ¡y me sacrificaron! ¿Quereis saberlo todo? Oliverio tenía queridas en el momento mismo en que se casó. Y es más, las conservó después.

La estancia en Italia, que tanto prolongó, no tenía otro objeto que el de no separarse de esa princesa Cavalli, en casa de la cual tuvo la poca aprensión de llevarme. El mismo día de mi casamiento sacaba de Chevagnes á la hija de un guarda, alucinada sin du-

da, por sus promesas y el prestigio de su nombre. No he sido nunca nada para él. Apenas se toma el trabajo de cubrir las apariencias. El círculo, las carreras, el juego y mil otros pretextos le retienen siempre fuera de casa.

Si me atrevo á hacer, aun cuando sea tímidamente, alguna alusión á mi soledad, invoca la moda, la necesidad de vivir como los demás; me da á entender que nada me impide imitarle y que él no llevaría á mal que yo me divirtiera á mas y mejor y según se me antojara... ¡No es posible mayor desprecio! ¡Y eso que yo no era difícil de contentar! Algo de verdadera afección me hubiera bastado; y me veo reducida á envidiar á las pobres gentes que veía antes á mi alrededor, en Morvan, en aquellas miserables chozas, y que vivían, amándose, muy contentos en medio de su honrada pobreza. Para saber lo que sé, no he tenido necesidad de hablar á nadie. No sabría rebajarme á desempeñar el papel de espía, papel indigno de toda mujer que se estima. He visto, he oído y he comprendido. Y sabéis muy bien que no me equivoco, puesto que vos mismo, Roberto, no encontráis una sola palabra para desmentirme.

Elena no siguió hablando.

Se puso mas pálida de lo que estaba.

Llevóse el pañuelo á la boca y lo retiró ligeramente teñido en sangre.

—¡Como mi madre!—dijo.—Es un consuelo para mí el saber que he de morir joven, puesto que no tengo ningun apego á la vida, ya es lo he dicho.

Y como el conde intentara consolarla, ella le interrumpió diciendo:

—No habéis, esperad. Sé otra cosa que nos interesa á los dos.

—¿Qué?

—Sé que sois tan desgraciado como yo. No me lo neguéis, fuera inútil, no os creería. ¡Ay! ¡los dos tenemos la culpa! ¡Vos, por no haberme hablado á tiempo; yo, por no haber comprendido vuestro silencio! ¡Mi riqueza os asustaba! Temiais que se os acusara de interesado. ¿Quién podía creer de vos semejante cosa? Traté de arrancaros una confesión, Roberto. Cuando supe lo que no quisisteis decirme, era tarde ya. Y lo supe por vuestra huida de Chevagnes. Ella me lo reveló todo. ¡Me amabais; yo os amaba mas aun probablemente!..

—¡Elena!

—Nuestra unión, amigo mio, hubiera sido el cielo en la tierra. Y en vez de tanta dicha, nos vemos condenados á huir el uno del otro, ó mejor dicho, vos os habeis impuesto ese castigo. Y esto es lo que no quiero. ¡Sois un hombre de honor, Roberto!... Yo quiero ser una mujer honrada. ¡Tengamos la suficiente fuerza de voluntad, el valor necesario para olvidar un amor que nos está prohibido sentir, y refugiémonos en la más tierna amistad; afecto que consolará nuestra vida y nos la hará soportable y dulce! Hé ahí lo que os pido encarecidamente.

—Podeis mandar. Haré cuanto gustéis, cuéstemelo lo que me cueste, puesto que habeis

dicho la verdad, Elena. Os amo con pasión: nunca lo habiéseis sabido por mí.

Ella se concretó á decirle:

—Gracias.

En aquel mismo instante, un coche se detuvo á la puerta del hotel.

—Es Luisa—dijo la marquesa.—Preparaos á oír, amigo mio.

—¿La señora de Montambert?

—Me acompaña mucho. Es algo ligera, pero tiene muy buen fondo... Siempre dispuesta á hacer un favor... Muy indulgente con su marido...

—Bien lo necesita él.

—Os habeis vuelto maldiciente....

—Como todo el mundo... Se contagia uno.

—Ya lo veis—dijo ella sonriendo.—¿El remedio causa ya su efecto!... Estamos menos tristes. ¿Por qué hemos de vivir alejados?

El conde no contestó.

¡Vivir junto á aquella mujer, á quien no podía olvidar un solo instante; ahogar el amor que le inspiraba; contener los impulsos de su corazón cuando una fuerza irresistible lo atraía hacia ella, era prueba demasiado dura para un mortal!

La baronesa de Montambert entró como un torbellino.

La acompañaba un personaje de aspecto decaído, de fisonomía aburrida, cansado, fatigoso. Saludó, sonriendo, á la marquesa; dió, en vez de la mano, la punta de los dedos á Souvray, y le dijo:

—Buenos días, querido.

En seguida se puso á toser.

Era el barón Amadeo de Montambert.

Estaba, ó cuando menos lo parecía, muy delicado; mientras que la amiga de Elena era la más viva, la más loca, la más exuberante naturaleza.

—¡Toma! ¿sois vos?—dijo á Souvray.—Os felicito. Haceis muy bien en venir. Es un milagro veros aquí. ¿Qué tal estás, Elena? ¿Siempre delicada, eh? Como el barón. Vengo de consultar con un médico muy afamado. Me hace un efecto raro el estudio de un doctor célebre. Al entrar se figura uno que va á hallarse frente á un oráculo. Hé aquí nuestra conversación:

—Mi marido, como veis, está delicado. Quisiera saber qué padece. Se queja de laxitud, y no me explico de qué proviene eso. Lleva una vida sumamente tranquila, por lo menos la vida que yo conozco...

El doctor, dándose mucha importancia, examinó con gran detenimiento á Amadeo. Le tomó el pulso, le auscultó el pecho, y después de darle unos golpecitos en la espalda, se mordió los labios, reflexionó (se me figura, pensando piadosamente, que se puso á pensar en lo que había de comer luego), y al fin abrió la boca para decir:

—Señora baronesa, vuestro marido está anémico. Eso no es nada, siempre que se cuide mucho. Le hace falta mucho reposo, buen alimento y aire sano.

Yo contesté:

—Tenemos todo eso, doctor. Del reposo

abusa; se alimenta muy bien. ¿Aire sano? Lo respira todos los días de cuatro á cinco en el bosque, y por la mañana, cuando también sale á paseo. No carece de nada.

El doctor reflexionó de nuevo, y añadió:

—Es preciso llevarlo al campo, á algunas aguas ó al mar; lo dejo á vuestra elección.

Yo contesté:

—Eso será después del gran premio, si lo permitís. No está bien irse antes.

El doctor me miró. Reflexionó por tercera vez, y dijo:

—Las carreras son dentro de ocho días. No hay inconveniente en que aguardeis á que hayan pasado. El plan es fácil de seguir. No hace falta escribirlo.

Puse discretamente sobre la chimenea cinco luises. El Galeno los miró de reojo. Comprendí que no le pareció mucho; pero como nada me indicó, salí de allí sin darme por entendida de la mueca que le inspiró mi ofrenda.

El barón tosió de nuevo, levantóse con trabajo del sillón, y dijo á Elena:

—Marquesa, con vuestro permiso, me voy. No me siento bien, y tengo además un asunto importante que reclama mi presencia...

—En el círculo, sin duda—in'errumpió la baronesa, enseñando todos sus nacarados dientes al reír á carcajadas.

—Sí, con Fallevande... Se me había olvidado. Voy perdiendo la memoria.

—Tomad el landó y enviádmelo luego.

—Sin falta. Buenas noches, marquesa. Adios, querida mia.

Se fué, y á pesar de estar cerrada la puerta, se le oía toser.

—¿No estás con cuidado?—preguntó Elena.

—Opino como mi madre.

—¿Qué dice la señora Séverin?

—Que no hay tal enfermedad. Pero le cuido. ¿Y tú, qué haces?

—Siempre la misma vida.

—¿Tu pichon no permanece en el palomar?

—Mi marido casi siempre está ausente.

—Lo mismo que mi enfermo. Los hombres son pérfidos. No se puede confiar en ellos, ni creerles nada. Pasan la vida inventando historias inverosímiles. ¿Apostais en las carreras, señor Souvray?

La baronesa no hubiera esperado la respuesta para seguir hablando; pero necesitó tomar aliento y respirar, para emprender de nuevo y con más empuje la sempiterna charla.

—No, querida señora—dijo el conde;—no me divierte.

—No sois como el baron, mi augusto marido.—Ignoro si gana alguna vez. Será probable; pero no se vanagloria de ello, ó guardará las ganancias como oro en polvo. Quizá su vena esté también anémica, como todo él. Puedo dar fe de que ayer perdió nada menos que treinta y siete mil francos. Obligado, por la dura necesidad, á confiarse á alguien, se dirigió á mí. ¡No conozco sino sus contratiempos! Yo no tenía ese dinero. Y acudí en secreto, á mi madre. Y esta me dijo:

—He aquí la cantidad que necesitas; pero se me figura ¡pobre hija mía! que tu marido no es económico. Es mezquino en casa y juraría que fuera de ella es muy generoso. Mi madre es buena como el pan; pero no puede resistir á su yerno. Verdad es que á todas, poco más ó menos, les sucede lo propio. ¿No estuviste ayer en la ópera? Creí verte allí... Ponían... ¿Qué ponían? No me acuerdo; pero era muy fastidioso. La sala, en cambio, estaba admirable. Ya sabrás que vuelven á usarse las faldas estrechas de vuelo. No me contraría la innovación; es ventajosa para las que aún estamos en buen estado, y no hemos llegado á la edad madura. ¿Vienes al bosque? Espero el coche; el barón, cuya tos ya habrá desaparecido, lo mandará en seguida. Te llevo. Hablaremos mal del prójimo, eso divierte siempre. También estáis convidado, Conde, venid.

Fué preciso ceder.

A las seis se hallaba el landó de Luisa en la alameda de las Acacias. El paseo estaba muy concurrido.

La baronesa no cesaba de saludar y criticar al mismo tiempo, á casi todas las que pasaban por su lado.

En aquel momento, una mujer, muellamente reclinada en su victoria, á la cual seguía un cupé en el que iban dos hombres, pasó junto al landó.

Uno de ellos, al reconocer á Elena, intentó ocultarse en el fondo del carruaje, volviendo la cara del lado opuesto.

Pero todo fué inútil, porque la marquesa vió perfectamente á su marido, que iba siguiendo á la princesa Cavalli.

—Esta—repuso la señora Montambert, que no había visto al marqués—es la hermosa, la incomparable Wanda; una mujer que todos admiran; pero yo he visto otra más hermosa aún.

—¿Dónde?—preguntó Elena maquinalmente.

—En casa de nuestra modista.

—¿Felisa?

—Un portento.

—¿Se llama?

—Solange Fargeas. Un fruto de tu país.

La señora Taunay se estremeció; pero nada dijo. Sus ojos y los del conde se encontraron; ella bajó los suyos.

Los coches iban despacio; iban en fila.

La princesa no se desconcertó. Dirigió una sonrisa á la marquesa y la saludó con la mano.

Elena se recostó en el fondo del carruaje y sin contestar, abrió el abanico para ocultar con él el rubor que subía á su rostro.

—¿Os conocíais?—preguntó la baronesa.

—Nos hemos visto en Venecia.

—Es verdad. ¡Qué cabeza la mía! Tu marido me habló de ella. Dicen que piensa dar espléndidas fiestas el próximo invierno, cuando haya terminado el luto. Harás que me invite.

—Si tienes empeño en ir á mi maridoes á quien debes dirigirte—dijo Elena con amargura.